

REPUBLICA DE COLOMBIA

BOLETIN DE HISTORIA Y ANTIGÜEDADES

ORGANO DE LA ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA

Director: ENRIQUE OTERO D' COSTA

Redactores: VÍCTOR E. CARO, GUILLERMO HERNÁNDEZ DE ALBA

VOLUMEN XX

NUMERO 236

NOVIEMBRE DE 1933



Imp. de «La Luz»—Lisandro Franco B.—Carrera 7ª, N.º 14-60

T A B L A

	Págs.
I Homenaje a la memoria de don José Joaquín Guerra.....	641
II Elogio del doctor José Joaquín Guerra, por el académico don <i>Raimundo Rivas</i>	643
III La casa de las Azuolas, capítulos de la «Vida y escritos de don Ramón Guerra Azuola», obra póstuma del doctor José Joaquín Guerra.....	655
IV Bosquejo físico y moral.....	662
V El Colegio de San Bartolomé.....	667
VI El Capitolio Nacional.....	674
VII La Comisión Corográfica.....	679
VIII José Joaquín Guerra, por <i>Juan C. Trujillo Arroyo</i>	688
IX Homenajes póstumos.....	691



Sr. Dr. JOSE JOAQUIN GUERRA

Bogotá 15 de diciembre de 1973

18 de abril de 1974

LA CASA DE LAS AZUOLAS

CAPÍTULOS DE LA «VIDA Y ESCRITOS DE DON RAMÓN GUERRA AZUOLA»
OBRA PÓSTUMA DEL DOCTOR JOSÉ JOAQUÍN GUERRA

A juicio de los técnicos, el retrato más artísticamente ejecutado entre los muchos de la galería de próceres de la independencia que guarda el Museo de Bogotá, es el del general Luis Eduardo de Azuola. Con su peluca blanca y su uniforme de brigadier, tiene el sello especial de la época en que la indumentaria caracterizaba física y moralmente a un personaje.

Colgado en el entrepaño de las ventanas de la sala principal, entre dos antiguas cornucopias, ese retrato fue testigo de las alegrías y de las amarguras de una familia venerable, durante los muchos años en que el recuerdo de su jefe no podía extinguirse.

Pero estas efigies de tamaño natural apenas resisten dos generaciones. La tercera no puede ya rendirles homenaje ni como obra de arte ni por vínculos de parentesco cada día menos estrechos, y así por causa de mortuorias y trasteos, pierden su sitio de honor para ir a ocupar el de los muebles inútiles. Antes de que esto sucediera con el de don Luis Eduardo, uno de sus nietos, el doctor RAMÓN GUERRA AZUOLA, tuvo el tino de donarlo al Museo Nacional, y allí se conserva en la galería de los Padres de la Patria.

Entre ellos y con títulos de especial valor figura en la historia aquel prócer, porque rompió los que lo ligaban por sangre a la Corona Española, para ocupar el primer puesto en las filas patriotas; dio su caudal y expuso su vida por defenderlas, y en el Cabildo Abierto del 20 de julio de 1810; y en el Colegio Constituyente de Cundinamarca; y en el Congreso de las Provincias Unidas; y en la prensa y en la tribuna, lidió sin descanso por los fueros de la causa republicana; militó con los voluntarios de Santafé; cayó en poder de las hordas pacificadoras, y escapó del patíbulo, pero fue desterrado por Morillo a Omoa, con otros que, cargados de grillos, sufrieron toda suerte de penalidades, hasta que les fue

permitido regresar a Santafé meses antes del triunfo de Boyacá. El Libertador, que apreciaba sus dotes militares y administrativas, lo ascendió entonces a General de Brigada; lo nombró a poco Ministro de Relaciones Exteriores y de Hacienda, mientras se posesionaba don Pedro Gual de tales Carteras; y por enfermedad del doctor Juan Germán Roscio, lo encargó del Poder Ejecutivo como Vicepresidente de la Gran Colombia cuando iba a instalarse el Congreso Constituyente de Cúcuta. Pocos días después de ser relevado de este alto cargo la fiebre perniciosa, de que acababa de ser víctima su antecesor, puso también fin a la preciosa vida del General Azuola, quien falleció allí el 13 de abril de 1821, y correspondió a su sucesor, el Gran Nariño, instalar el primer Congreso como Vicepresidente interino de la Nueva República.

«Con esta muerte —dice uno de sus biógrafos— perdió Colombia un ciudadano cuyo nombre se hallaba unido a muchas de las fechas de nuestra emancipación, y cuyos talentos y experiencia hubieran contribuido a la organización de la Patria, pues el señor Azuola, no obstante su alto grado militar, era hombre netamente civil, y que hubiera formado en la falange de hombres de toga que emprendieron la tarea de poner a la República sobre los sables libertadores, y en quienes veía la Nación la cadena que ataba a los últimos sobrevivientes de la Colonia, generadores de la evolución política, a los primeros hijos de la República, que empezaba a surgir entonces, mostrando desde su nacimiento, a pesar del brillo de sus fundadores, algunos de los gérmenes que impidieron a la Gran Colombia ser el faro más luminoso de la América Latina» (1).

Dejemos en Cúcuta esas cenizas venerandas y volviendo a la capital encaminémonos a la plaza de San Agustín. Pocos pasos al sur del viejo torrejón y frente a los muros de la iglesia, aún se conserva, aunque recortadas sus huertas por modernas edificaciones, la colonial *Casa de las Azuolas* que por espacio de un siglo no salió de manos de la familia.

El ancho zaguán y varias ventanas cuadradas de antigua estructura le dan el aspecto de una época de desahogo. En su interior se respira el ambiente de los tiempos idos. Ya sirva de oficinas o de hotel, ya de imprenta o colegio, con sus barrotes, sus techos bajos y sus gruesas

(1) Raimundo Rivas, *Registro Municipal*, el 20 de julio de 1910.

paredes, esa casa será siempre el tipo de la cómoda mansión santafereña, mientras no se destruyan hasta sus cimientos para convertirla en *lote* y levantar varias de estilo moderno aunque de asfixiantes dimensiones, como ha venido haciéndose con los caserones solarios en busca de mejores rendimientos pecuniarios.

El amplio salón principal y las recámaras inmediatas daban cabida simultáneamente a muchas parejas de baile y a varios cuadros de contradanza española, que en ocasiones solemnes era de rito. Para festejar cualquier natalicio, y aun de manera imprevista, representábanse allí, o en la espaciosa galería, comedias y sainetes en que obligadamente habían de tomar parte hasta las personas mayores, ya fuesen de la casa o extrañas.

Los patios, el comedor, las piezas del servicio y aun el cuarto de los trebejos, todo tenía la amplitud y la sencillez de las antiguas moradas señoriles.

No menos de veinticinco personas se sentaban ordinariamente a la mesa, en torno de la anciana viuda del Brigadier Azuola, doña Dolores García Olano, quien hasta los ochenta años gobernó su casa con benévola energía. Y es de admirar, sobre todo en los tiempos presentes, que siendo varias familias reunidas en una sola, jamás se desvincularon, y sin distinción de edades, hijos y nietos, aun los ya mayores y casados, respetaban todos incondicionalmente su mansa autoridad.

Bien es cierto que los tiempos eran otros. Hoy no se toleraría esta forma de gobierno, que la juventud levantisca tendría por monárquica absoluta. Las costumbres de la casa de las Azuolas eran verdaderamente patriarcales, sin rayar en una austeridad contraproducente. Los jóvenes no tenían para qué buscar diversión fuera del hogar, donde encontraban amena sociedad y sanos pasatiempos. Las doncellas eran recatadas sin gazmoñería, alegres y hacendosas, dotadas por naturaleza de exquisito oído musical, y así sobresalían en el piano, en la guitarra y en el canto; las ancianas les hacían coro con el arpa y las castañuelas, de modo que los grandes conciertos eran número ordinario de todo programa; los mayores jugaban chaquete y fusilico, o dirigían las contradanzas; conversaban sin discutir, mientras los chicos trís-

caban libremente por patios y corredores; hasta «la cruz del matrimonio» era allí muy llevadera, porque las sirvientas, antiguas esclavas que no habían querido acogerse al decreto de manumisión, permanecieron adictas a sus *amos* hasta la muerte.

«Qué hogar aquel! qué costumbres tan patriarcales! — dice en recuerdo íntimo uno de los que lo frecuentaron poco antes de extinguirse—. Era la señora Dolores Olano v. de Azuola una anciana venerable, en el pleno uso de sus facultades, pero impedida para caminar permanecía sentada en una silla en uno de los costados del salón, y atendía perfectamente a todas las personas que los visitaban. En familia se la veía rodeada de sus hijos, nietos y biznietos, atendida y considerada por su larga descendencia, lo mismo que por parientes y amigos de la casa, correspondiendo con amabilidad a todo lo que se hacía por ella. Con frecuencia me convidaba a jugar tute, juego que ella me enseñó, y ponía por condición que el que perdiera tenía que rezar una oración, y como mi repertorio era reducido, me enseñó varias para que pudiera cumplir la penitencia sin estar repitiendo una misma. Todo esto con la dulzura y el cariño de una madre...» (1).

A más del código del buen tono, que era como la ley fundamental, imperaba otra en aquella república aristocrática: la ley del almanaque, que se cumplía al pie de la letra. Las fechas clásicas para la patria, los dolorosos aniversarios de familia, las festividades religiosas, ya alegres, ya lúgubres, habían de respetarse con la ritualidad correspondiente, siguiendo en todo el precepto o la costumbre. Durante la cuaresma enmudecían los instrumentos músicos; el ayuno era casi tan riguroso como el de los tiempos bíblicos; redoblábanse las prácticas cristianas; multiplicábanse las oraciones, y en los días anteriores a la Semana Santa, cerradas las persianas y convertidas las salas en capilla, los dormitorios en celdas y el comedor y corredores adyacentes en refectorio, se hacían los ejercicios espirituales, a que asistían en calidad de internos todos los parientes y amigos, y como externas muchas personas extrañas. Terminados los días de recogimiento, y como desahogo de misereres y disciplinas, venía la reglamentaria cena de pascua precedida y seguida de bailes y

(1) Alejandro Dorronsoro, *Carta a don Enrique de Narváez*.

comedias, porque ni en lo místico ni en lo profano se llegaba a los extremos, y todo cabía dentro de la severa corrección de costumbres en que no hay doble fondo ni falso dogmatismo, sino el ejercicio de la virtud alegre, que vivifica como el sol, irradiando calor y consuelo.

A cualquiera hora tenían los amigos entrada franca a la casa, y tomaban parte en la comida o en la tertulia por donde la encontraran. Nadie estorbaba, ni para nadie había especial etiqueta, así bien todos eran acogidos con igual cortesía.

Frecuentaban aquellas veladas el Libertador, mientras no lo alejó de ellas un patíbulo levantado en su última dictadura; Santander, O'Leary, Herrán, Aranzazu, Márquez, los Mosqueras, el doctor Cheyne, Monseñor Barili, los Arzobispos Caycedo, Mosquera y Herrán, en fin la verdadera aristocracia de aquellos tiempos. Como miembro de la familia se confaba también al doctor Manuel María Mallarino, quien vivió con ella por bastantes años.

Debió su permanencia y su educación en la capital a la hospitalidad que su padre había dispensado en la época del terror al prócer Azuola. No podía quedarse sin retribución tamaño servicio.

Fue el caso que, desterrado con otros patriotas por el *pacificador* Morillo, como atrás hemos visto y condenado a diez años de presidio en las fortificaciones de Omoa, don Luis Eduardo de Azuola permaneció en las regiones del Chocó por más de un año, hasta que en el de 1817 el indulto de Fernando VII le permitió volver al seno de su familia. Muchos amigos de la causa republicana, que conocían los méritos del proscrito, le prestaron auxilio y amparo en esos desiertos.

«Entre los que favorecieron a Azuola en aquella azarosa situación — dice otro de sus biógrafos — hubo uno cuyos servicios llenaron de gratitud su corazón, y no hallando medio de mostrarla de una manera más eficaz, tomó a su cargo a uno de los hijos de su bienhechor y lo trajo consigo, para educarlo al lado de los suyos. Ese joven, dotado de raras y estimabilísimas prendas, llegó a ser con el tiempo notable literato, profundo jurisconsulto, elocuente orador y mandatario conciliador y justiciero, cuyo nombre ha pasado a la posteridad colmado de honores. Se llamaba Manuel María Mallarino» (1).

(1) Ramón Guerra Azuola, *Revista Literaria*, entrega 51.

Mientras seguía sus estudios de filosofía y jurisprudencia, y aun ya hombre dedicado a los negocios y a la política, vivió con su nueva familia, sometido a las prácticas reglamentarias que para todos eran invariables. De niño, con su carácter jovial y ligero, aunque siempre caballeroso que lo distinguía, era el más aventajado en juegos y picardías inocentes, propias de su edad. «De todos mis hijos, decía la benévola viuda de Azuola, ninguno tan travieso como Manuelito».

Ese Manuelito dejó su nombre en la historia entre los hidalgos del renacimiento republicano, que ahogaron el espectro de soez dictadura apoyada por la democracia granadina. Después de emancipado, continuó visitando diariamente la casa, y recibiendo allí el mismo trato íntimo que de niño se le daba. El día que tomó posesión de la Suprema Magistratura, aclamado como elemento restaurador tras una época luctuosa, fue como de costumbre a su antiguo hogar en las primeras horas de la noche; hincado de rodillas asistió al tradicional rosario; aplaudió festivo los sainetes y pantomimas que se representaron tomando por argumento su exaltación al solio presidencial; siguió la broma de que fue objeto con idéntico motivo, y a la hora del refresco ocupó el último asiento entre la gente menuda.

Todo esto y tanto más que pudiéramos decir, pinta el carácter del insigne repúblico, de quien mucho tuvo que aprender don RAMÓN GUERRA AZUOLA; y pinta también las sencillas y envidiables costumbres, propias de la época, en que se deslizó apaciblemente su juventud, al calor de aquel hogar modelo, tan lleno de encanto y atractivo.

Uno de los jóvenes que más lo frecuentaban, cuando sus aficiones literarias habían empezado a darle fama de hablista inimitable, le consagró, ya anciano, el siguiente recuerdo:

«La familia formada por don Luis Eduardo de Azuola fue durante muchos años ornato de la sociedad bogotana, por reunirse en ella, de manera peregrina, las cualidades que distinguían a las familias del tiempo de la Colonia, que tan patriarcales y apacibles nos parecen ahora, con los atractivos que hacen el hechizo de la sociedad moderna.

Distínguase sobre todo aquella familia por una urbanidad nunca desmentida y al mismo tiempo enteramente exenta de toda

afectación. Consecuencia de esto fue que el señor GUERRA AZUOLA diese desde su primera niñez hasta el día de su muerte ejemplos, de los que se han hecho muy raros entre nosotros, de aquella civilidad o cultura que no consiste únicamente en ceremoniosas atenciones con que a veces solemos tratar de manifestarnos como personas distinguidas, a fin de satisfacer nuestro amor propio, sino muy principalmente en actos encaminados a dejar a los demás mucho más satisfechos de ellos mismos que de nosotros, a procurarles un agrado, y sobre todo a no contrariarlos ni mortificarlos en lo mínimo; y esto, aun proporcionándonos a nosotros mismos mortificación o contrariedad.

La casa de las Azuolas fue prototipo del hogar santafereño, en que se unía la gracia castellana a una exquisita cortesanía; allí se encontraban en singular amalgama el movimiento y la alegría con una mesura inquebrantable.

Un sentimiento artístico profundo, y el refinamiento intelectual sin pretensiones, hacían de aquel lugar un centro de amenidad, de encanto y de elegancia. En suma, era la casa aristocrática por excelencia, en que todo es fácil y todo correcto, todo espiritual y naturalísimo» (1).

Hé ahí el ambiente que respiró desde niño, el medio en que vivió, y las costumbres y los ejemplos de intachable pulcritud que formaron el carácter del doctor GUERRA AZUOLA, haciendo de él un verdadero patriarca, modelo de caballerosidad y cultura, digno representante de una generación ya extinguida que dio lustre y honor a Colombia.

(1) José Manuel Marroquín. *El Renacimiento*, número 43.